

# El último lobo

—¡Otxoa! ¡Otxoa! ¡An! ¡An!

Sí, efectivamente; allí estaba el maldito lobo; sobre un pequeño altozano subido, estudiando en un instante la dirección y número de sus perseguidores. Allá se encontraba el solitario lobo que, con su presencia, rompía en un momento la calma de la sierra de Aralar, poniendo en alerta y movilizando a pastores y perros que, iracundos, acudían en su persecución. Era el odiado lobo que aterrorizaba a las descarriadas y atolondradas ovejas y corderos que pastaban en las campas de aquella montaña.

Un lobo errante, con muchos años envolviéndole su rojiza piel; el único animal de su especie que aún perduraba allá arriba.

Aunque ya su agresividad no fuera tan terrible y arrolladora como en un tiempo lo fue, su congénita astucia le había ido llevando a ir capeando hasta ahora con sobresalientes, las muchas persecuciones y encerronas que los resabiados pastores le hacían.

Este lobo había ido viendo, con el pasar de los años, cómo el número de sus congéneres se iba extinguiendo hasta quedarse completamente solo. Sus llamadas en la noche no tenían más contestación que su propio eco.

Y en solitario va ahora, arrastrando la miseria de su vetustez, por las campas y bosques de Aralar.

Porque lo cierto era que su agilidad se había anquilosado de forma terriblemente angustiosa para él. Antes, tiempo atrás, cuando se asomaba a la orilla del bosque con el fin de estudiar un rebaño de ovejas, y dentro de él a su presunta presa, le era suficiente entrar en rápida carrera, arrebatarse un cordero y en espectacular huida poner, de por medio, en un instante, una asombrosa distancia del lugar de su fechoría. Sin apenas verlo ni oírlo había hecho su correspondiente desaguizado en el rebaño de turno.

Pero en la actualidad ya no era lo mismo. Los años le habían robado fa-

cultades a las que tenía que sustituir por una insufrible paciencia a la que el hambre ciertamente, no se adaptaba en absoluto. Estaba en plena decadencia.  
¡Otxoa! ¡Otxoa!

Los perros, los malditos perros que le perseguían y acosaban le producen ahora una tremenda fatiga. Sólo puede esquivarlos metiéndose entre los intrincados recovecos que en el bosque y las rocas que dentro hay, le deparan.

Ahí los perros, con bastante prudencia, o mucho temor, no se atreven a seguir adelante. Y, por supuesto, mucho menos los pastores.



E.A.

\* \* \*

Sobre las solitarias campas de Aralar, alfombradas por una hierba ya desteñida, un cielo cerrado y plomizo, va dejando caer motas de nieve a las que el viento empuja y esparce por las lomas y arrincona en la base de unas rocas aisladas.

Una inmensa soledad reina en esos parajes en los que sus picos se van transfigurando a medida que la nieve se queda en ellos.

Ahí, asomado al límite que separa el bosque de las campas vacías, nuestro solitario lobo hace atarida guardia a la espera de alguna hipotética pieza que atrapar.

Cuando la tarde comienza a marcharse, ya la nieve, dejándose caer con más intensidad, lo ha cubierto todo. El paisaje es uniforme. Ni pastos, ni rocas, ni arbustos que den un color que se haga destacar de lo demás. Todo es idéntico en las abandonadas campas de Aralar.

En su inútil acecho el lobo abandona su tenso mirar, adentrándose entre el laberinto de rocas y colinas que llenan el bosque.

Pero antes de dejar aquel sitio, ha lanzado al cielo de nieve un prolongado aullido en el que, con un reto inútil, va la desesperación, la angustia y el miedo

a su tremenda soledad. Y al hambre terrible que le atenaza y lleva impresa entre su piel, manchada con pegotes de barro seco y su marcado costillar.

Y ahí, en una oquedad en la que la nieve no tiene sitio, hecho un ovillo el viejo lobo se queda.

Noche esteparia en la que el viento manda una furiosa ventisca que saca atroces silbidos, en su roce con las copudas hayas del bosque.

Dentro de aquel hueco, en el que la nieve se arremolina y acumula a su entrada, el desgraciado lobo rumia su atormentada existencia. A su agitada mordorra le llega el recuerdo de su compañera compartiendo el calor, del que ahora carece, de sus cuerpos.

\* \* \*

Fue un puro azar el de aquel día. Una auténtica casualidad.

Aquellos dos cazadores no tenían la más remota idea de que el solitario y vetusto animal merodease por aquel lugar, allá por las laderas de Txemiñe.

Los pasos de esos hombres iban dirigidos tras el rastro de un jabalí, cuyas huellas en la nieve, se mostraban claramente impresas. Por su parte el lobo, debía haberse excedido en su confianza al pensar que los hombres no subían a la sierra con aquel tiempo de nieves y fríos. Su lamentable descuido al que quizá le acompañó también un viento contrario a la dirección de los cazadores, había de resultarle fatal.

Todo se dilucidó en un momento. Ambos, hombres y bestia, al superar una loma, se han visto frente a frente. Dando un tremendo respingo el lobo ha dado un salto y media vuelta para huir. Pero de nada le ha valido. Las postas de las dos escopetas, salidas al unísono, le han dado casi de lleno, en el cuerpo. La violencia del impacto lo ha desplazado por un instante del suelo, haciéndole rodar por la corta ladera de la loma.

En su breve agonía muerde el lobo la nieve. Y en ella deja grabadas con sus uñas unas cortas estrías en un vano y desesperado intento de seguir huyendo hacia el bosque cercano.

De allí se llevan, los contentos cazadores, arrastrado por la cola, al último lobo que en Aralar vivió.

Y más tarde, en aquel lugar de frío y soledad un charco de sangre que a la nieve tiñó, una chillona ventisca para siempre borró.